



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9004

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lovette rue Cassin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

MARTES 3 DE NOVIEMBRE DE 1901.

Vichy catalán.—Véase el anuncio en la cuarta plana.

EL ULTIMO TOMO DE CONFERENCIAS CULINARIAS. DE ANGEL MUÑO.

Mi cocina, ó por mejor decir, la cocina de mi casa—que yo no sé si gustaría á todo el mundo—presumo que podría servir de modelo á muchos que, como yo, entienden que la cocina ha de ser la habitación más limpia y más ventilada de la casa.

Mi cocina, digo, es una pieza cuadrada que mide cinco metros de lado.

Las paredes y el techo están pintados al temple de un color verdelechuga, y en las primeras no se ven basares ni clavos, ni cosa alguna que quebrante su tersura.

La luz la recibe la cocina por un hueco de cristales de tres metros de ancho por dos de alto, dividido en portillos de guillotina.

A un lado so'o de la cocina y en toda su longitud, en una línea seguida, está una mesa de operar, con doble estantería encima, en que se hallan los trastos de matar y los ingredientes más usuales. Todo á la mano, en su sitio. Sigue el fogón ó cocinilla económica, con su horno, depósito de agua, bañomaria, registro, etc., y el fregadero de mármol de dos recipientes, con agua á todas horas y en abundancia. Sobre el fregadero, el secadero de loza y cacharros. Sobre la cocinilla, en ganchos, la batería de cocina y la chimenea para los humos y los gases, y la belga, oculta por pared vertical recortada hasta la mitad de la altura de la habitación.

En el centro de la cocina, una gran mesa de pino, muy grande, dos taburetes y una tinaja para resguardo de agua, majosamente oculta en un cajón con tapa practicable, que á la vista no parece lo que es y excita la curiosidad.

Como yo no poseo riquezas, y que además soy de poco comer, los utensilios de mi cocina son los estrictamente precisos. Todos ellos podrán valer media docena de duros, según su precio de tienda, pero con ellos hago yo cuanto se me antoja ó me piden los amigos que vienen á mi casa á honrar mi mesa.

Claro que yo no podré preparar comidas para veinte personas, ni adornar el solomillo ó el salmón con legumbres en forma de tirabuzón ó con la efigie del Papa ó del emperador de Alemania, pero como ha llegado ya la hora de liarle la manta á la cabeza, cuando me digno hacer un arroz, saltar unos riñones ó asar una pierna de carnero, quisiera tener á mi lado á algunos cocineros de oficio, para que aprendieran algo; porque con vengamos todos en que se come

cada día peor en este bendito Madrid.

Se come lo mismo que se lee. Mucho malo y mal traducido.

Conozco yo sabios de café que se saben de memoria á Zola, á Ohnet, Flaubert, á Zaccane, traducidos por Piave, por Penéquez y por Lillila, y no han leído á Núñez de Arce, ni á Valera, ni á Pérez Galdós, ni á Menéndez Pelayo, ni... aun la gramática castellana.

Pues con la comida, pasa lo mismo.

Una lubina con salsa á la Chambord—vaya de ejemplo—así esté la lubina un poco pasada y la salsa errada, tiene más éxito entre ciertas gentes que un rico bacalao á la vizcaina ó un pedazo de vaca estofada á la catalana.

Hay que empezar á ser muy españoles y cuando se coma en francés, lo mismo que cuando se lea, procure el interesado entenderlo, porque sino se quedará en ayunas.

Todo esto para decir que yo en mi cocina hago lo que me da la gana; todo lo que quiero.

Pues dicho está, y el que de ello dudase que me ponga á prueba en los términos naturales de las relaciones de amistad que él y yo pudiéramos tener, y que todos los que deseen ver mi cocina que sin reparo la visiten, que yo tendré mucho gusto en enseñársela.

VARIEDADES

LA RISA DEL PAYASO.

(ANÉCDOTA).

Madrid, donde fue á su paso la celebridad de un día, Madrid entero reía las locuras del payaso.

Cuando entré el vivo arabesco de las profusas lucernas, volteando en manos y piernas al son de un vals canalicado; con su traje de labores inauditas recargado, y su rostro embadurnado por brochazos de colores,

William Grinn, rey de la arena, regocijo de la gente, por la valla, de repente, presentábase en escena, pronto el general clamor era risa que, cundiendo, desbordaba en el estruendo de un aplauso atronador.

¡Qué extraordinarios derroches de exuberante alegría los que ante el público hacía William Grinn todas las noches!

Ya su fletro pañatagudo recogiendo en la cabeza, tras lanzarle con destreza por el aire en un saludo; ya arrancando extraños sonos á un violín, que rascaba mientras se descoyuntaba con grotescas contorsiones, víbrals al bravo humorista, de un frenetico poseído, de agitación y de ruido, ir y venir por la pista; moviéndose en su amplitud como un duende revoltoso, engendro vertiginoso del capricho y la inquietud.

¡Cómo en parodia bizarra, con ingenioso artificio, remedaba el ejercicio del Hércules en la barra.

ó con ademanes raros, en pantomima burlona, requería á la amazona mientras saltaba los aros; todo entre charla jovial, cuyas burlas y donaires estallaban por los aires como un fuego artificial!

Largo tiempo ante él sumisa, viendo así la villa toda, sobre el trono de la moda tuvo el cetro de la risa; pues del favor en la cumbre, su gracejo y travesura fueron una dictadura que ejerció en la muchadumbre.

Sus agudas invenciones, sus felices epigramas, celebrados por las damas, recorrían los salones;

y en todas las plazoletas del suburbio, los rapaces imitaban sus audaces volatinos y piruetas.

Divierte, divierte, histrión, á la turba, imbécil grey; el populacho es un Rey que ha menester su bufón.

Por entonces, cierto día, á un doctor de gran renombre fue á ver en consulta, un hombre enfermo de hipocondría.

Según datos de esta historia, tan curiosa como cierta, se apea el tal á la puerta de una elegante victoria.

Tras de su traje correcto de severísimo corte, su grave rostro y su porte comedido y circunspecto, todo al más superficial examen mostraba en él la huella de una cruel melancolía mortal.

Tétrica era la mirada de aquellos ojos sin brillo que tenía de amarillo la bilis extravasada;

y en los sarcos de su tez macilenta y sin color, anticipaba el dolor estragos de la vejez.

Caló al verle, algo confuso, sus lentes de oro el galeno, y no debió hallarle bueno, según la cara que puso;

luego, aquí observa, allá ausculta, entre médico y paciente de la manera siguiente dió principio la consulta.

—Dígame usted con franqueza que tiene; vamos á ver.

—¡Ay, doctor, ¿qué he de tener? que me acaba la tristeza.

Por más que hago, nada cura esta enfermedad de hastío, que todo en derredor mío lo tizna con su negura, que no disfrutando como de goce en cuanto hago ó pruebo me entorpece el agua que bebo, y me amarga el pan que como.

—Comprendo, comprendo: mal nervioso usted... pues, algo inexplicable, que es más que físico, moral.

Aquí, la clínica batalla desde Hipócrates á Orfila; el diagnóstico vacila; la terapéutica falla, y á tientas, sin norte fijo que derrotere la impasse,

(pues *vita brevis ars longa*, como el filósofo dijo),

no alcanza el saber humano más que á dar palos de ciego, y á denominar en griego lo que duele en castellano.

—¿Y bien? —Higiene, aire puro, distracciones.

—Todo, todo lo intenté, y en ningún modo logré alivio, se lo juro.

—La caza, noble afición que es ejercicio y recreo.

—He cazado á espera, á ojeo, con reclamo, y con hurén.

—No hay, en tal caso, medida que poder recomendar más que los viajes.

—¿Viajar? No he hecho otra cosa en mi vida.

He paseado este profundo fastidio, esta displicencia; veinte años de mi existencia á través de todo el mundo.

Nada me alegra. Enfermiza mi voluntad, es lo mismo que oxidado mecanismo que la herrumbre paraliza.

¿Dónde, cómo, en qué sentir un goce, sea el que quiera?

¡Mi caudal, mi vida diera por saber lo que es reír!

Aquí quedose perplejo nuevamente el buen doctor, discutiendo en su interior, hasta que, como si al fin la encontrara, de repente dijo: «¡Una idea excelente; vea usted á William Grinn.

¿Qué desesperado caso de hipocondría rehacia no curaría la gracia de William Grinn el payaso?

No hay para ese abatimiento —concluyó— que le domine, más eficaz medicina, más radical tratamiento.»

Conforme el doctor hablaba, el otro, grave y pausado, habíase levantado del asiento que ocupaba;

no bien terminó, cortés saludó, cogió el sombrero, dejó en la mesa el dinero de la consulta; y después, ya á la puerta de salida, en su tono seco y breve, que empuñaba un dajo leve de amargura contenida:

«gracias—bajo murmuró con sonrisa indefinible,— el remedio es imposible, porque William Grinn... soy yo.

EMILIO FERRARI.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

ZAGALA.

CHARADA

Me llamo prima y primera, y á ser dos y dos aspiro; en el todo se halla el nombre de la mujer por quien vivo.

La solución en el número próximo.

EFEMERIDES.

1808.—Entrada de Napoleón en España.

DE TODO Y DE TODAS PARTES.

El Otoño que corre es como suele frío y húmedo por añadidura, circunstancias todas que nos mueven á recomendar á nuestros asiduos lectores una gran dosis de circunspección y prudencia.

No deba olvidarse que si la primavera es la estación saluberrima por excelencia, merced al importantísimo movimiento de la transpiración que en ella se inicia y que favorece decididamente todas las demás funciones del organismo humano, el Otoño es, por el contrario, una estación temible y abocada á contingencias desagradables, por la misma razón de que es la que cierra la puerta á función tan importante y trascendental.

Es por esto que en cuanto al vestir, el secreto consiste en hacerlo ce suerte que, sin sufrir quebranto por el calor diurno, se resguarda el cuerpo lo bastante para no ser impresionado por el ambiente fresco y frío á veces de las noches de Otoño.

El régimen alimenticio debe ser objeto así mismo, de especial vigilancia y cuidado.

Importa sobremanera en la época que atravesamos, no exceder en las comidas, antes bien, recordarnos á tanto y hacerlas ligeras, á fin de mantener el estómago libre y evitar en lo posible, las afecciones gástricas.

También, con el mismo propósito de evitar trastornos en las vías digestivas, conviene abstenerse en general de trabajos que exijan una gran fatiga y antes bien debe procurarse que el ejercicio sea moderado.

Las horas más indicadas para paseo son de nueve de la mañana á cuatro de la tarde.

Evítase el relente de la noche, porque en esta estación el ambiente suele estar saturado de humedad, á poco que se repitan las lluvias; y el aire frío y húmedo, se aganta que nos impresiona de un modo tan desagradable, suele ser siempre generador de reumatismos nuevos y despertador de aletargados dolores reumáticos.

En Kirchktay, aldea de Alemania, hay una mujer que desmiente prácticamente con su extraordinaria fecundidad, la moderna teoría de que progresivamente se va ir disminuyendo la capacidad humana, coincidiendo el cataclismo que ha de poner fin á la marcha regular del universo, con la muerte del último individuo.

En los nueve años que lleva de edad, ha obsecado á su esposo con la friolera de sesenta y tres hijos. Pero en el último parto, la cosa ha sido en el mundo, ha dado á luz cuatro retoños, los cuales ofrecen una extraña particularidad: tienen todos los huesos blandos, por las espaldas, uno tiene tres brazos, otro presenta dos cabezas, con una sola oreja, otro tiene siete dedos en la única mano que posee, y solo uno está normalmente constituido; sin embargo todos sus miembros funcionan regularmente y hasta ahora no se ha presentado ningún indicio